

2

POMPEU FABRA, UN MAGISTERIO CORDIAL

OCTAVI SALTOR

Destino, 24 de febrer de 1968

UNA TAREA

La Renaixença ha tenido dos grandes adalides: Jacint Verdaguer y Pompeu Fabra. Precediendo y acompañando al primero, Marian Aguiló. Precediendo y acompañando al segundo, Josep Carner. Pero sin el esfuerzo gigantesco verdagueriano y sin la responsabilidad unipersonal de Fabra, enfrentándose con el peligro caótico de léxico y sintaxis; es decir, del instinto frente al orden, el renacimiento catalán, y, tras él, la construcción articulada de un idioma apto para todos los menesteres de una cultura y para la continuidad rediviva de una secularmente adormilada ejecutoria, no habrían sido posibles.

Con la ya existente edición del *Diccionari Aguiló* y la en curso de preparación del vocabulario verdagueriano, la historia moderna del lenguaje literario catalán resucitado podrá establecer los jalones preliminares hasta llegar a Fabra y a Coromines. Probablemente, en aportación lexicográfica, seguirá, al archivero mallorquín y al clérigo de Folgarolas, la catalogación del acervo, también considerable de Josep Maria de Sagarra. En su prosa didáctica amena (*Els ocells amics*), en su teatro (*Marsal Prior*), en su novelística (*Vida privada*), en sus artículos («L'aperitiu»); porque la riqueza caudalosa de su instrumental expresivo resultará, seguramente, a la postre, el mayor valor de la contribución literaria que deberemos al magno traductor de la *Comedia* dantesca y del teatro shakesperiano.

Con Pompeu Fabra la conciencia organizada de un quehacer filológico cristaliza superiormente, con una tenacidad meritoria y un esmero implacable. Su porfía por crear un lenguaje civilizado, estéticamente primoroso, centrípetamente unitario, que aunara la dispersión espontánea de los aficionados y estableciera una revisión disciplinada de sus escarceos primarios, hasta darles solidez y madurez definitivas, constituye por sí sola un monumento ciclópeo y armónico, obra de sus dóciles manos, de su mente única, de su patriotismo sin tacha.

Las contradicciones abundaron; las dificultades fueron muchas; las encrucijadas se multiplicaron; proliferaron, a cada paso, los motivos de desaliento. Sin embargo, Fabra no se arredró ni se inmutó ante los contratiempos. No dejó lastimar su ánimo por las injurias, ni permitió interrupciones a su tarea. Podríamos aplicarle la divisa que predicó, en la Nochebuena de 1967, el abad Cassià Just, en la basílica de Montserrat: «Ni ressentits ni descoratjats».

UNA ACTITUD

Pero, además, al servicio de esta tarea genuina, en beneficio de su colectividad, Pompeu Fabra puso siempre el equilibrado talante de sus cualidades humanas: una cordialidad hecha de llaneza de carácter y un escrúpulo científico realista. Ambas circunstancias marcaron su actitud perseverante, a lo largo de su labor. Tanto en su ejecutoria directa como en la dirección de su equipo; en la Secció Filològica de l'Institut d'Estudis Catalans, como en la prolija y considerable redacción de su obra didáctica, desde sus gramáticas (en castellano y en catalán) hasta sus *Converses filològiques*.

Recordamos perfectamente la reverencia que todos sentimos, desde nuestras mocedades, por la figura de Pompeu Fabra, artífice del idioma renaciente y depositario de sus secretos, de su pasado y de su futuro. Él fue tenido, justamente, por un oráculo infalible, al que se acudía con fe ciega, pero, al mismo tiempo, con respetuoso recato. La sorpresa nos era ofrecida, entonces, por el trato cordial del hombre, «a peupla». A menudo, según el alcance o el modo de la consulta, era el maestro quien parecía sentirse intimidado; sin duda por la evidencia decisoria de su consejo.

Es más; con frecuencia, el oráculo no respondía en el acto. Se reservaba, y consta a sus discípulos la hondura de su preocupación y la extensión de sus reflexiones íntimas, de sus comprobaciones experimentales, antes de dar un parecer o de emitir un fallo. Y es que, en contra de la arbitrariedad indocumentada que calumniosamente le imputaran sus adversarios, Fabra concibió siempre su elevada y trascendente misión como un arte y una ciencia conjugados, donde la restauración arqueológica se aliara con las nuevas construcciones, sin discrepancia ostensible.

El catalán de hoy, esencialmente unificado, que superara arcaísmos convencionales y sepultara vulgarismos indoctos: un idioma vivo, que no alejara a unos ni avergonzara a otros, y que tomara, de cada sector lingüístico, lo his-

tóricamente más permanente y mejor de su ejecutoria a la vez del pueblo y de los escritores. Tal vino a ser, fundamentalmente (y así lo explicó, con acopio de razones y datos, constantemente, el maestro), la actitud de Pompeu Fabra. Pero poniéndose siempre al nivel del discípulo, individual o colectivo; porque también le cuadró el verso, que Maragall se apropiara inmortalmente, de Terencio: «Home só i és humana ma mesura».

VINDICTA

La lengua catalana ha conocido, durante su historia, avatares reiterados; de ignorancia dolosa de su existencia, de perfidia en el no reconocimiento de su validez; de represión de su uso. A veces, en una sola generación histórica, se han reconocido etapas, consecutivas o no, de tal suceder. En la mayoría de dichos episodios, la personalidad lingüística quedaba involucrada en la política, hasta establecer el contrasentido de que la admisión de aquélla implicaba, con acento máximo, la singularización discriminada de ésta.

También contra esta prevención luchó animosamente Fabra, en libros, conferencias, discursos, artículos. Para él, la lengua catalana fue siempre una de las lenguas peninsulares, cuyo abolengo y vigencia en nada excluía, sino que, por el contrario, espléndidamente integraba una opulencia pluralista en la antología de valores culturales hispanos.

Afortunadamente, en esta postura Fabra halló valedores que anduvieron análogo camino. Algunos, señeramente, venidos de otras vertientes, y por ello mismo, más indiscutibles. Tal fue el caso, por ejemplo, recientemente recordado por Juan Ramón Masoliver, de don Marcelino Menéndez y Pelayo, discípulo de Rubió i Lluch. Su discurso de gracias en los Juegos Florales de Barcelona de 1888, año de los más contundentes alegatos, de los más vehementes e irrefutables conjuros, en favor de la realidad, de la licitud, e incluso de la prioridad lingüística catalana.

Quien quiera leerlo por extenso, puede acudir a la edición oficial del CSIC, donde aparece literalmente transcrito (p. 111-113 del vol. V), con la adecuada referencia a la circunstancia que lo determinó. Circunstancia tanto más calificada cuanto que el acto fue presidido por los reyes María Cristina y Alfonso XIII, por el político Sagasta y el munícipe Rius i Taulet.

La categoría atribuida al ilustre santanderino, en el renacimiento pedagógico general, y en el histórico-literario en particular, contemporáneos, parecía que

debía comunicar a sus palabras un aire casi dogmático. No fue así, en épocas bien recientes. Y debimos aprovechar tribunas literarias intrínsecamente apolíticas para divulgar, con las mismas palabras del gran maestro castellano, las excelencias, el rango y la legitimidad del lenguaje propio.

[...]

CONTRADICCIÓN

Sino que la contradicción de la cual tuvo que defenderse Pompeu Fabra no fue sólo la esgrimida contra la lengua que, casi después de Dios (verbo), fue obra suya; es decir: la contradicción genérica, o categórica, para decirlo en términos orsianos. Fue, también, la específica, o anecdótica; a menudo deliberadamente ofensiva, contra su persona y contra su quehacer lingüístico.

Esta ofensiva, propiamente dicha, se desencadenó, por así decirlo, ante la promulgación, por la Diputación de Barcelona y la Mancomunidad, de las *Normes ortogràfiques de l'Institut d'Estudis Catalans*, y arreció hasta atreverse con el mismo Institut. Un grupo de literatos «ochocentistas», los llamados partidarios de la 'y', fundaron entonces, sin éxito extrínseco, la Acadèmia de la Llengua Catalana, que batalló, polémicamente, contra la estabilidad de las *Normes*, y contra las progresivas adaptaciones rectoras que ellas representaban.²

Ofensiva y Academia tuvieron dos protagonistas destacados: el bibliófilo Ramon Miquel i Planas y el poeta y patricio Francesch Matheu, con su trinchera poética de los Jochs Florals de Barcelona. El primero escribió libros enteros atacando, no sólo la reforma ortográfica, sino la persona que la orientaba. Autor d'*El purgatori d'un bibliòfil*, puede decirse que se afanó por confinar a un auténtico infierno, por lo menos literario, los supuestos desmanes del antiguo catedrático bilbaíno: («Perquè els gramàtichs fan com els anarquistes: si saben de química, són més perillosos»).

2. En esta refriega ortográfica jugaron un papel decisivo los literatos mallorquines, señaladamente Joan Alcover, quienes rehuyeron expresamente la «crida» de los «academichs» y mantuvieron fidelidad al Institut. (Véase, en tal sentido, la correspondencia dirigida por Alcover a Matheu, que figura transcrita en la edición del epistolario inédito del primero, publicado por la editorial Barcino, con prólogo del firmante del presente artículo).

El segundo, en cambio, llevado de su, a la postre, imparcial, y, sobre todo, impersonalista señorío, adoptó una capitulación ejemplar: rindió sus armas ante Pompeu Fabra y le entronizó en la presidencia de la institución literaria que fue, hasta su interrupción pública en 1936, el feudo de Matheu: los Juegos Florales barceloneses. Fabra aceptó la deferente oferta, y desde la anual tribuna renacentista que brindó a la fiesta el desaparecido Palacio de Bellas Artes, algunos años, y los demás el superviviente Palau de la Música Catalana, renovó su mensaje lingüístico y vindicó su reforma gramatical, ya para entonces completamente consolidada.

Matheu sólo se permitió un corolario menor, como una retirada honrosa: confiar a otro beligerante de la 'y', Antoni Busquets i Punset, maestro rural adscrito al grupo de los acólitos verdaguerianos, el discurso de gracias a la fiesta. Pero los acordes beethovenianos del parlamento de Fabra no pudieron quedar empañados por los tenues gemidos del *flavioleig bosquetà* del «Coca i Poncem» de la parodia teatral de Rusiñol.³

Sin que, en otras ocasiones, el gramático rehusara actuar en la presidencia de otras lides floralescas, antena difusora para la divulgación de su doctrina científica y de su docencia, literaria y popular, de lenguaje.

PRADA

Prada, refugio de Pau Casals, escenario de sus festivales musicales famosos, ha sido también la tumba provisional de Pompeu Fabra. Su faz angulosa, a la vez rústica y noble. De tez cetrina, de mirada agudísima y penetrante; su voz pausada, de timbre grave; sus gestos acompasados y persuasivos, configurando una humanidad tan sólida como próxima, quedaron en aquella población pirenaica de la Cataluña francesa aguardando su glorificación póstuma; quizá su tránsito a la tierra suya directa.

[...]

3. Pompeu Fabra había obtenido un accésit en los Juegos Florales de Barcelona de 1896 con unos *Estudis de gramàtica catalana*. En los de 1934 tuvo, además, como compañeros de Jurado al professor Joaquim Balsells, a los poetas Mn. Antoni Navarro, Josep M. López-Picó, y J. M. Rovira Artigues y al novelista Joan Oller Rabassa. Ganaron los primeros premios Josep Janés Oliver, Joan Llongueres, Manuel Bertran Oriola, Leandre Amigó y Miquel Saperas (no se concedió, excepcionalment, ningún accésit.)